

ANDRE GLUCKSMANN

Filósofo



Poncio Pilatos en Yugoslavia

EN las últimas semanas la locura ha prevalecido en la antigua Yugoslavia. De un día para otro, Milosevic, de gángster internacional es ascendido a ángel de la paz. La ONU, con unanimidad, anuncia la creación de un tribunal para crímenes de guerra y, al mismo tiempo, aprueba la posiciones conquistadas gracias a estos crímenes. El telespectador se mete la cabeza entre las manos. Nos enteramos de que dos jóvenes enamorados han sido asesinados en las orillas del río Miljacka cuando intentaban huir de Sarajevo: Admira y Bosko, unidos en un estrecho abrazo, están abandonados a los perros y los pájaros, sin sepultura; el padre de Admira no puede acercarse. Ningún medio blindado de la ONU se ha movido. Antígona llora: cuando se llega al punto de no poder enterrar a los propios muertos es que prima la locura.

Se toman decisiones euroamericanas, pero quizá sería más justo hablar de ausencia de decisiones. Vamos de mal en peor. Zlatko Dizdarevic, el redactor jefe de *Oslobodjenje*, el periódico de Sarajevo, vuelve a su ciudad. Se siente duramente golpeado, y no en sus ilusiones, porque ya casi no las tenía, sino en lo que más quería, su amor: las democracias occidentales manifiestan una recurrente e incorregible inclinación a desilusionar a sus amigos y a animar a sus enemigos.

BOMBEROS.— Desde hace dos años, las autoridades occidentales, sin afrontar el problema militar, se contentan con jugar a los bomberos. Todos están interesados en disponer sobre los papeles, y hasta en los más nimios, acuerdos definitivos, pero sin decidir que lo primero es hacer callar las armas. Los negociadores europeos y americanos ignoran, quizá, que están añadiendo aceite al fuego. Cualquier iniciativa relacionada con el plan Vance-Owen reaviva los combates: después de haber recuperado el tiempo perdido, el agresor pone en movimiento de nuevo sus armas. Las grandes potencias se han movido en momentos equivocados y han invertido el orden de los factores: los adversarios no se pondrán nunca de acuerdo sobre reglamentos definitivos si antes no se resignan a un sólido armisticio. El armisticio supone que uno de los contendientes imponga su propia ley o que una tercera potencia inmovilice los dos campos. El caso de Bosnia —hipocresías aparte— no escapa a esta regla. Las grandes potencias han hecho de árbitros, pero, en realidad, son los ejércitos serbios los que dictan las reglas del juego.

Añadiendo proyectos de paz

a la sangrienta realidad de la guerra, los negociadores euroamericanos ponen en paz su conciencia y tranquilizan a la opinión pública. La supremacía militar de los defensores de la Gran Serbia preanuncia su hegemonía sobre Bosnia, así como la paz siria congela la guerra civil libanesa bajo la dictadura de Damasco.

Las potencias no son incoherentes. Desde el principio están invitando a Belgrado a hacerse con todo. Reconocen a Milosevic & Co. el derecho a mantener el orden, salvo eventuales desviaciones, y negociar algunas cuestiones para salvar las apariencias. Clinton sostiene que quiere romper con los hechos consumados, es decir con las masacres: 1) Propone acciones aéreas en Bosnia; acciones que modificarían la situación sólo si van acompañadas de intervenciones terrestres que, por el contrario, no desea. 2) Recomendaba armar a las fuerzas bosnias, pero excluye un desembarco para

En cuanto a la hipocresía, Estados Unidos y Europa se hacen la competencia. Hasta que no se decidan a examinar las posibilidades de desembarco de millares de hombres para bloquear las fronteras de Bosnia y desarmar las milicias que las riegan de sangre, están dejando las manos libres al agresor.

LIBERTAD MALVENDIDA.— Técnicamente, la OTAN dispone en Europa de las infraestructuras, del personal y de la cobertura aérea necesarios para neutralizar Bosnia. El Ministro de Asuntos Exteriores francés dijo que, con el envío de 5.000 hombres, Francia ha llegado al límite de su capacidad. Me parece una observación extravagante.

Si se trata de enviar 5.000 rehenes, efectivamente, es demasiado. Pero si se pretende que sea un dispositivo internacional para poner fin a las masacres es una tomadura de pelo. Sabemos que para objetivos más discutibles Francia envió centenares de miles de soldados a Argelia. Y en aquellos momentos Francia no estaba más poblada ni era más rica que hoy. Todos tenemos el deber de identificar, con buen sentido, en estos comportamientos la renuncia generalizada ante la agresión. El asedio aceptado de Sarajevo programa el deterioro, la demolición interior de sus habitantes, que se han permitido rechazar la ley del cañón. Serán castigados, amaestrados, se les volverá locos. ¡Nada de engaños en el ceremonial, por favor! Recomendando con gran pompa en Washington cuáles deben ser las «zonas protegidas» de Bosnia-Herzegovina, eligen zonas cerradas donde se amontonan los prófugos, cuidadosamente desarmados por las fuerzas de la ONU y sistemáticamente rodeados por los medios blindados, la artillería y los soldados serbios. Son ciudades-prisiones. Se entra y se sale sólo bajo bandera internacional, debidamente fichados y filtrados por las milicias.

Al optar por la creación y la consolidación de tales «zonas de seguridad» ¿qué es lo que están sancionando los recientes acuerdos sino la transformación de una capital europea en un campo palestino? Sarajevo, Goradze, Tuzla... Una, dos o tres franjas de Gaza en el corazón del Viejo Continente no anuncian paz y seguridad. Aunque precisamente en nombre de la paz y la seguridad se ha malvendido todo lo demás: aquello que antes se llamaba cultura, libertad y franqueza. Y Dizdarevic exclama: «¡Ya que nos habéis abandonado y sacrificado, ahora no nos encarecéis!».

Traducción: José Checa

CONTRA LA CONFUSION

Depresión postelectoral

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

A José Luis Balbín

QUISIERA comprender la razón del malestar que ha producido, en los sentimientos morales de sectores sensibles de la sociedad, la renovación electoral de la misma hegemonía política. Son fáciles de entender las sensaciones de frustración que deben embargar el espíritu de los perdedores. Sobre todo de aquellos que fueron imbuidos de un afanoso «a ganar» y de una insensata seguridad en la victoria. También se pueden explicar, e incluso compartir, las reacciones espontáneas del instinto moral ante el insólito hecho de que, invocada la modernidad y la civilización europea, una parte considerable del pueblo español haya otorgado su confianza, para acabar con la corrupción y la mentira, a la persona que las ha utilizado o consentido como factores de su gobierno. Lo que no es fácil de comprender, sin pensarlo dos veces, es el profundo hastío, la desmoralización vital que padecen muchas personas, de refinada educación, por la insuperable posición en que las coloca el españolísimo triunfo de González: saberse compatriotas y no sentir nada en común con tan importante sector político de España. Este desolador sentimiento no apareció durante el Reino de Franco, a pesar de la enorme cantidad de españoles que le dieron sus votos. ¿Acaso es más humillante el felipismo que el franquismo para una idea digna de España? Es verdad que la servidumbre forzosa degrada menos a la condición humana que la servidumbre voluntaria. Pero ni era tan forzosa la colaboración con la dictadura, ni es tan voluntaria la prestación popular al felipismo.

Pero no es pertinente, para tranquilizar la conciencia instruida, la socorrida hipótesis de las dos Españas. Basta pensar en el gran dispositivo cultural del periódico *El País*; en los programas de todas las televisiones, salvo *La Clave*; y en el mundo artístico, profesoral y burocrático, para no poder identificar el felipismo con las aspiraciones o temores de las clases subvencionadas y rurales. La explicación sociológica no puede combatir el malestar de las conciencias asqueadas de la hegemonía de la inmoralidad o de la imbecilidad políticas. La verdadera cuestión no es por qué se vota a González, sino por qué causa sustancial domina en la sociedad la amoralidad propia de la razón de Estado, por qué el cinismo de la sociedad política establece la jerarquía de valores en la sociedad civil, por qué razón la fuerza política de los votos se transforma entre nosotros en criterio de verdad y de moralidad. Lo que en realidad deprime no es tanto el triunfo en la sociedad política de la corrupción y la mentira, como el fracaso en la sociedad civil de la conciencia de la realidad política, la escasa influencia en la opinión prejuiciosa de las ideas razonadas y los hechos verídicos, si menoscaban el prestigio del poder establecido. El fenómeno es político y debe ser explicado, como tal, por causas y razones políticas.

Cuando el Estado era representativo, las elecciones tenían por finalidad reproducir en la sociedad política la jerarquía de valores de la sociedad civil. Para cambiar el modo político de producir el orden estatal era indispensable cambiar el modo civil de producir el orden societario. Marx interpretó correctamente esta relación especular entre el mundo social determinante y el mundo político determinado. Pero esta relación cambió por completo de sentido cuando se «instauró» el Estado de partidos sobre las ruinas humeantes del Estado de partido. Así como la teoría marxista de la revolución se inspiró en la manera burguesa de derrocar al feudalismo, el golpe de mano del Estado de partidos está inspirado en la manera fascista de acabar con el Estado representativo. Desde entonces, en lugar de procurar la difícil tarea de conquistar políticamente la sociedad para representarla en el Estado, los partidos resucitados del totalitarismo acometen la fácil empresa de instalarse juntos en el Estado para ser plebiscitados, y no elegidos, por la sociedad. La consecuencia es obvia. Las causas del triunfo electoral del felipismo no son endógenas a la sociedad civil. Pertenecen a la patología del Estado, a una sociedad política que necesita, para entretejer su insensibilidad moral, el edulcorado tranquilizante del plebiscito electoral. La depresión postelectoral no proviene pues del carácter exigente de unas personas puritanas, sino del afán de independencia de la conciencia social ante una tiranía moral que la oprime, sin razón histórica, desde la anacrónica sociedad política del Estado de partidos.